

II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CONFESIÓN POLÍTICA.

Como no soy ningún personaje de los que revuelven el cotarro, jamás me figuré que necesitase dar explicaciones acerca de *mi actitud*; pero tanto me preguntan las gentes, desde mi regreso de Venecia, haciéndose cruces, si *soy carlista*, y *cómo pienso en materia de política*, que juzgo más cómodo y breve responder á todos á un tiempo y por escrito.

Yo abrí los ojos al espectáculo social cuando estalló la revolución de Septiembre del 68: acababa de casarme, y eran mis años cortos cuanto floridos, pues excedían poco de tres lustros. De familia liberal, acogí con simpatía el movimiento; en breve los desplantes y excesos de la *gloriosa* me arrojaron en sentido contrario, hacia la reacción completa. Y como mi juventud y mi carácter vehemente y fogoso me inclinaban á los

extremos, fuí, siguiendo un proceso lógico, hasta la conspiración; y á permitírmelo mi sexo, fuera hasta el campo de batalla, donde no sólo me mostraba la fantasía esperanzas de regeneración para la patria, sino una libre y romanesca esfera de actividad, en la cual cabían ciertos elementos épicos y dramáticos que á veces faltan en la vida vulgar y apacible.

Consumada la restauración y consolidada la paz, olvidé las cuestiones políticas para entregarme del todo á mis verdaderas y absorbentes aficiones literarias. Mi pensamiento fué modificándose un día tras otro, al poder de la reflexión y del estudio; mas no por eso cambié de casaca (como suele decirse). Las mujeres somos en política bastante consecuentes: nada ganaríamos con ser volubles. ¿Qué estímulo nos había de empujar á la deserción? No nos es dado aspirar á más puestos oficiales que el de estancieras ó reinas; y para mí, ya se deja entender que ni tanto acá ni tanto allá. No obstante, el lento trabajo de integración de las ideas se verificaba en mi cerebro tan inevitablemente como se cumplen en nuestro organismo las acciones químicas anexas á las funciones biológicas, y sin interven-

ción de la voluntad se renovaba buena parte de mi criterio. Para decirlo de una vez: yo sentía igual que antes, pero entendía de otra manera, determinada por la lectura, la diaria observación y el curso del tiempo, que, sin debilitarme, me traía calma, aplomo y sentido práctico; al menos, tal supongo.

Para definir mejor el cambio que se verificaba en mí dentro de la estabilidad de mis sentimientos, tengo que decir ante todo lo que me pareció ver en España. Naciones hay, y en el número cuento á Alemania é Inglaterra, donde la excisión entre el pasado y el presente político, ó, empleando una frase resobadísima, *el período de transición*, apenas es sensible, y se han llegado á juntar en haz apretadísimo las voluntades, obteniendo la unidad del pensamiento patriótico. Opino yo que esas naciones tienen ya mucho adelantado para aspirar á la ventura y grandeza compatibles con el estado actual del mundo, así como las familias bien avenidas prosperan más francamente y soportan mejor cualquier revés. Otros países, verbi gracia España, pueden ofrecerse como tipo y modelo de la zozobra perpetua, del desacuerdo consigo mismo. Desde principios del siglo harto sabemos que

no ha lucido para nosotros un solo día sin guerra civil, ya desembozada y en armas, ya latente en el parlamento, en la prensa, en el libro, en el alma, que es peor. Sea que las reformas é innovaciones se han planteado aquí con desatiento, sin respetar el genio de la raza, los intereses creados y los principios de equidad más corrientes; sea que nuestra indomable tenacidad dificulte todo adelanto, ello es que de ochenta años acá España anda partida en dos hemisferios que cabe nombrar, á imitación de los del mundo, la Vieja y la Nueva España, hermanas irreconciliables como el Eteocles y el Polínice del gran trágico de Eleusis. La Nueva España gana terreno á cada instante, quién lo duda; mas la Vieja posee una fuerza estática y una energía inmanente que la hacen en cierto modo eterna é invencible.

Reune la Vieja además otro elemento vital, y es que no tuvo ocasión de gastar sus ideales conforme los ha gastado la Nueva. De las aspiraciones que ésta trajo consigo, es el constitucionalismo y el sistema parlamentario la que le costó más esfuerzos y sangre y la que proclamó como dogma fundamental. ¿Pues dónde habrá cosa tan

desacreditada como el famoso sistema, ca-
duco antes de la madurez? Sus propios sacer-
dotes sonríen como los augures romanos.
A lo sumo, convienen en que es un *mal ne-
cesario, la menor cantidad posible de mal*. Los
que lo miramos desde más arriba, transigi-
ríamos con él si se redujese á útil farsa; si,
perdida la flor, quedase el fruto, siquiera
menguado y pobre. Pero va arraigándose en
las conciencias la persuasión de que el sis-
tema representativo, tal como hoy existe,
es aparato lúgubre y funesto, á cuya sombra
se trama nuestro daño; mampara solemne,
tras la cual se consume la ruína, acabamien-
to y perdición de España; campo donde la
ambición cosecha rosas y trigo, el país es-
pinas, abrojos y ponzoñosa cicuta.

De aquí la endeblez y anemia de la Nue-
va España. Después de medio siglo de con-
secutivos triunfos, no ha logrado que nos
encariñásemos con el estado de cosas que
de ella procede, y si nos ha dado, relativa-
mente, la seguridad individual, que el régi-
men absoluto hacía profesión de no respetar,
en cambio nos lleva camino de la miseria
pública y de una despoblación semejante á
la que señaló el triste reinado del último
Austria. Apagado el fuego de pronuncia-

mientos y motines, la política se reduce á una lucha por la existencia, no ya de banderías, sino de personalidades ambiciosas, y con la ambición ruín del propio interés, no con el noble afán del mando apetecido para realizar en la esfera de la razón práctica las concepciones más ó menos utópicas de la razón pura. ¡Ah! No se necesita ser un espíritu inquieto para estar descontento de lo presente. Desde la Restauración gozamos generalmente de tranquilidad; pero entre la mansa anarquía producida por la debilidad del Poder, nos empobrecemos y desangramos de un modo horrible. Con el licor de nuestras venas pagamos una paz, á la cual sólo Tácito supo dar nombre. Y de la duración de esta misma paz ó marasmo, ¿quién sale fiador? ¿Qué garantía ofrecen instituciones en las cuales pocos tienen fe, y que á título de interinidad sostienen en equilibrio sus hábiles adversarios? Después de sesenta ó setenta años de desgarradoras discordias, nos rige *algo* que, como la cabaña de los cuentos rusos, se mantiene en pie por no saber hacia qué lado caerse. La Nueva España va apuntalando el ruinoso edificio, porque su caída prestaría á la Vieja nuevos ánimos y juvenil vigor.

Desde que las dos Españas combaten, sirvenles de bandera dos ramas de la casa de Borbón. La disputa de la legitimidad fué mantenida al principio por el partido liberal, que deseaba limpiarse el estigma de usurpador; hoy que este nombre ya no suena tan mal, los hombres más ilustres de la Nueva declaran que nadie puede invocar el derecho hereditario sino D. Carlos; pero que aquí no hay litigio de derechos, hay pleito de ideas, una lucha, como la que presencié la tienda de Montiel, entre el pasado y el presente.

Antes del advenimiento de Amadeo de Saboya, mi padre, diputado en las Constituyentes, dijo al general Prim que, procediendo con lógica, la interinidad debía resolverse por medio de un plebiscito, y Prim le respondió: —¿Está V. loco? Con un plebiscito verdad vendría el niño Terso.—De entonces acá corrieron años y variaron las circunstancias; no tanto, sin embargo, que la fuerza numérica del partido carlista no sea aún formidable y no pueda decirse de él que, á diferencia de agrupaciones tan fácilmente formadas como disueltas—los moderados, la unión liberal, sin hablar de los efímeros núcleos que hoy se destacan,—

tiene en su fondo histórico una razón de ser como elemento nacional, y es el único partido que posee terreno, suelo y subsuelo. Pasan los demás, él permanece, y asombra verle sobrevivir á tanta esperanza fallida, á tanta derrota, á tan inverosímil ayuno.

Por lo mismo debiera ser asunto de reflexión el hecho singular de su impotencia absoluta para obtener un triunfo decisivo; impotencia que no explican satisfactoriamente traiciones ni manejos, secundariamente siempre ante las grandes virtualidades históricas. Así el primer como el tercer Pretendiente tuvieron mil veces cogida por sus alas de oro á la victoria, y la ágil dea se les fué de entre las manos cuando más próximos estaban á dejarla cautiva. Diríase que una valla misteriosa se interpuso entre la Vieja España y el éxito. Yo no creo en la casualidad, y menos la hago intervenir en la marcha de las sociedades, donde claramente diviso á la Providencia reguladora guiando á los pueblos por extrañas vías, según conviene á sus altos designios; y afirmo que ni las intrigas napolitanas que detuvieron á Carlos V de Borbón en el arroyo Abroñigal para que no entrase en Madrid; ni la

bala perdida ó el inepto curandero que mataron á D. Tomás Zumalacárregui; ni la tardanza en saberse la muerte de Concha, fueron agentes del ciego destino, sino de la Soberana Voluntad, que ha dispuesto que los ríos no corran hacia arriba, aunque en ello se empeñe el hombre. Interpreto, pues, este doble fenómeno—una Vieja España impotente para triunfar, una Nueva España incapaz de aprovechar el triunfo,—como prueba de que á ninguna de las dos aisladas, sino á las dos reconciliadas y unidas, toca remediar los males contemporáneos y abrir los gloriosos horizontes venideros.

La Nueva España sabe ya por experiencia que ciertos principios esenciales de la Vieja no puede combatirlos impunemente; sobre todo, el catolicismo como religión nacional y la forma monárquica. Después de inconsiderados ataques y ridículas declamaciones, ambas cosas ha tenido la Nueva España que instaurar, encontrando en ellas la única base sólida de sus instituciones actuales, el cimiento del orden y de la vida pública. A su vez la Vieja tiene motivos para hacerse cargo de que han cambiado los tiempos (perogrullada altamente filosófica), y que mantener ciertas aspiraciones

y ciertos programas no es consecuencia, es terquedad inútil.

Ni deja de serlo por revestir formas estéticas, declarando más hermoso morir abrazado á la bandera vencida que admitir transacciones y pactos. Una cosa es lo bello según el arte, otra la gobernación del Estado y la prosperidad de la nación; y tan absurdo me parece supeditarlas á razones estéticas como á consideraciones sentimentales ó morales, según hacen los que en las virtudes domésticas de una dama Augusta ven la garantía del público bienestar.

El problema del partido carlista es que lo que constituye su fuerza constituye también su impotencia. Inmutable, negándose á arrollar ni una punta de su bandera—como si las banderas fuesen de bronce ó mármol, y no de tela ondeante y flexible,—vive de su propia cadavérica rigidez. ¿Vencerá no cediendo? Pienso que no. Podrá la conflagración europea que se cierne en la atmósfera ofrecerle algunas remotas probabilidades, y nuestra desastrosa situación interior, sobre todo si se complica con trastornos y ensayos de república, prestarle ánimos para lidiar otra vez; mas si no entra en

la esfera de lo práctico, se quedará á la puerta, como siempre.

Ya sé que lo prefieren todo á hacer concesiones, y quieren la proscripción de Don Carlos y de su raza antes que borrar una letra de sus cánones. Ni el ejemplo de la Iglesia, fiel depositaria de la eterna verdad, y sin embargo tan dúctil contemporizadora, les mueve. No ha mucho pude oír á un joven tradicionalista, licenciado en derecho por más señas, exponer su programa: previa censura para el libro, restablecimiento de la Inquisición y una especie de federación foral bajo el cetro de un monarca absoluto. Reconozco que no se debe hacer responsable al partido entero de ciertos radicalismos; sé que D. Carlos, en recientes documentos, manifiesta un espíritu de templanza digno del mayor elogio, y no obstante, cumple á mi sinceridad añadir que el joven tradicionalista á que aludo será, dentro del partido, la ortodoxia, y yo la heterodoxia desenfadada y punible.

Mi situación de ánimo es la siguiente: respeto profundamente al duque de Madrid; estimo en lo que valen sus altísimas prendas; pero hoy por hoy me conformaría con cualquier cosa que nos sacase á flote y nos

pusiese en marcha—y en esto no hago sino adherirme á los sentimientos del duque de Madrid mismo, quien cree que sólo la creciente infelicidad de España legitima las tentativas encaminadas á presentarle nuevas soluciones.—Claro que si consulto á mis simpatías personales, están con la Vieja España, retrocediendo, por supuesto, al período de nuestra mayor grandeza. Sólo que no juzgo factible fijar en época alguna la rueda sin fin de la historia; y si la contemplación del *ayer* impulsa hacia el estacionamiento y el pesimismo, el buen sentido manda atender al daño actual y sacrificar predilecciones de artista al bien común.

Por reiterados síntomas he venido á comprender que en el día la cuestión política pierde importancia, mientras la cuestión práctica se impone. De los sufridos contribuyentes, de la agonizante agricultura, de la pisoteada industria, de las arrinconadas provincias, de los espíritus honrados, en fin, se alza una protesta y tiende á formarse un partido escéptico, si por escepticismo ha de entenderse atribuir más valor á la rebaja de tributos que á la ley de matrimonio civil. A este partido no he menester afiliarme: á este partido está afiliado

todo el que conserva fuerza de indignación contra abusos no por consuetudinario menos abominable.

Pensando en este partido, reflexiono más que nunca en la necesidad de conciliar á las dos Españas rivales, y en que, siendo posible, nos convendrían, para resolver satisfactoriamente la crisis tremenda del Erario y de la riqueza pública, instituciones que no precisasen apoyarse en racimos de hombres políticos, sino que estribasen en la sana conciencia nacional; instituciones fuertes y robustas, capaces de hacer una hombrada, si á mano viene. Por eso vuelvo los ojos hacia lo único que no se ha ensayado todavía, y doy vueltas á la cuestión—cuando no me preocupa alguna literaria, que es lo más frecuente.—Pues bien sabe Dios que no me entretienen pizca ciertas disquisiciones, y me creo tan poco apta para ellas, como sobrada de buena intención y desinterés, ya que no me han de valer ni el estanquillo, sola meta de las femeniles ambiciones.

.....
Cruzábamos el Gran Canal dirigiéndonos á la estación del ferrocarril; miré hacia las ventanas de Loredán, y una inmensa tristeza embargó mi alma. Mientras la gón-

dola, silenciosa y negra como un ataúd, se deslizaba con fantástica suavidad sobre aquellas aguas en que fluyen la nostalgia y la leyenda, yo callaba, vuelta hacia el palacio, dejando que inundase mi corazón la marea de la angustia. Allí se quedaba tal vez el remedio y la salvación de España. Dentro de breves horas, también saldría el dueño del palacio, pero en dirección opuesta, hacia Trieste, á depositar bajo las solitarias bóvedas de la Catedral las cenizas de su padre, junto á las de sus tíos y abuelos—estirpe de tristes hados, como aquélla de que habla el poeta Carducci en su bella Oda.—Nosotros, entre tanto, regresaríamos á la dulce tierra natal, que con tan doloroso amor contemplan desde lejos los ojos del expatriado y del proscrito...

	Páginas.
Advertencia á quien leyere este libro.....	5
Á Roma.....	11
La Romería en siluetas.....	21
Una Salve.....	31
Viaje de recreo... espiritual.....	39
La Noche-Buena en Roma.....	49
La Iglesia Madre.....	61
Güelfos y gibelinos.....	69
El fantasma blanco.....	81
Los Santos novísimos.....	93
Dos muertes.....	107
Una audiencia y una grilla.....	117
Un cicerone gratis.....	125
Jornada florentina.....	137
Una visita á San Antonio de Padua.....	145
Loreto.....	155
Acqua Vergine.....	165

EPÍLOGO.

I.—Don Carlos.....	177
II.—Confesión política.....	193

PAGE
OF
CH

P
.A
R
6